

Educación cívica para la clase gobernante

Carlos González Martínez

Invitado

Comúnmente, en el campo de la educación cívica se dan por ciertas al menos tres tremendas equivocaciones: 1) que la misma consiste en una especie de “clases de democracia” donde unas personas conocedoras le transmiten conocimiento a otras personas desconocedoras; 2) que sólo debe dirigirse a población abierta y a niñas y niños, o si acaso focalizada en poblaciones “vulnerables” como jóvenes, mujeres (¡hágame usted el grandísimo favor!), personas con discapacidad, pueblos originarios y afrodescendientes, y; 3) que la elite gobernante o así llamada clase política no la requiere, pues ya está investida de conocimientos... y de poder, diríamos aquí. Nada más equivocado y dañino para la formación de las personas demócratas que le dan vida a la democracia.

La educación cívica no son clases de democracia

Partiendo de un concepto pasivo de la persona sujeta de la educación cívica y de un ánimo acrítico muy al estilo de la llamada “historia de bronce”, que mira todo estático y en cápsulas de efemérides, como en buena medida sucedió en la enseñanza del llamado “civismo” en la matrícula escolarizada, la educación cívica que inició el Instituto Federal Electoral durante la década de los años noventa del siglo pasado, efectivamente comenzó con un ánimo que el suscrito ha llamado como “misionero” en varios otros muchos lados y que consistía en pensar que la institución debía llevar el alma democrática a las y los nonatos ciudadanos que carecían de ella. No podía ser de otra manera, dado el momento del país de la propia institución y de las metodologías predominantes en la educación en valores de aquella ya casi lejana época.

Efectivamente, el entonces IFE nació con el mandato constitucional establecido en el artículo 41 de hacerse cargo “de manera integral y directa de la educación cívica”. Y a partir de entonces desarrolló (y el INE ha continuado) un tremendo esfuerzo educativo y, después, propiamente formativo y constructivo de ciudadanía.

Esos primeros esfuerzos, hay que decirlo, se desplegaron a partir de pensar que la educación cívica era eso: educación y sobre civismo. Por ello se comenzó pensando que consistía en dar clases en los salones y a un alumnado. Y en dar clases de democracia, civismo y valores a personas que carecían de semejantes conocimientos y aptitudes. De allí que uno de los programas insignia de educación cívica del Instituto consistiera, precisamente, en las así llamadas “Jornadas cívicas” que se impartían en el espacio escolar como verdaderas clases de democracia, civismo y valores en las escuelas, dirigidas a niñas y niños estudiantes. Con esa educación cívica, se pensaba, se lograría educar cívicamente a una población democráticamente inculta. Visión misionera al más puro estilo.

Poco después, el propio instituto cambió su perspectiva y práctica de la educación cívica, pasando de la idea de dichas clases de democracia hacia procesos formativos de generación de competencias para la vida en democracia (no sólo electoral, por cierto) y de allí ahora avanza hacia la necesidad de construcción de ciudadanía, de la que ya escribiremos en otro momento.

La educación cívica es la pedagogía política de la democracia

En realidad, la educación cívica es mucho más que dar clases de democracia, civismo y valores. Ahora lo sabemos: no se trata sólo de conocimientos, sino de cultura y de cultura cívica política democrática. Se trata de un proceso social, un constructo histórico imposible de contener en una matrícula. En realidad, consiste en la pedagogía política de la democracia: un formidable esfuerzo social, institucional y mediático con el cual se construye ciudadanía y por el que las personas demócratas contribuyen a transformar y decantar el contexto circundante para formar, no sólo educar, a otras personas demócratas en la práctica y en la obtención de aprendizajes significativos provenientes de experiencias exitosas de incidencia ciudadana, que para eso necesitamos y queremos personas demócratas y ciudadanas.

La educación cívica es necesaria para la clase gobernante

Y por ello la educación cívica es deseable entre la población en general porque, simple y llanamente, sin demócratas no hay democracia. Sin una sociedad democrática no hay un sistema y un régimen políticos democráticos. Pero de igual forma o quizá en forma más urgente, la educación cívica ya no es sólo deseable, sino indispensable, exigible, inaplazable entre la clase gobernante o dirigente de la sociedad.

¿Quiere usted un régimen no democrático? Llene sus órganos de gobierno con déspotas y sátrapas. ¿O prefiere usted un régimen sí democrático? Llene sus órganos de gobierno con demócratas. Así de simple, así de contundente y urgente.

Esa idea “misionera” de que la educación cívica consiste en “educar cívicamente” al pueblo incivilizado y que debe hacerse por una clase gobernante civilizada y democrática es en todo punto discriminatoria, antidemocrática y, además, absolutamente improcedente. Hoy se impone la perspectiva de que la educación cívica no deviene de lecturas y cuadernos de notas y trabajo, sino de experiencias exitosas y replicables con aprendizajes significativos que permita a la gente hacer democracia haciéndola, ejerciéndola.

¿Y cómo vamos a educar cívicamente a nuestras personas gobernantes? Muy fácil: a ellos y ellas sí con un programa claro de formación, evaluación, sanción y estímulos que provenga de un verdadero servicio civil de carrera, y; exigiendo. Exigiendo, que es el verbo calve del momentum de la democracia en el mundo y en México. Exigiendo y exigiéndoles el reconocimiento, acceso y ejercicio de derechos:

de nuestros derechos y con la inclusión de herramientas de la democracia directa moderna en nuestra democracia representativa.

En el extremo: que sepan que, así como los elegimos, ahora hay manera de evaluarlos, controlarlos y hasta “deselegirlos”. Que sepan que ellos, ellas, pueden estar en el gobierno, pero que nosotrxs somos el poder, somos la democracia y somos el estado.

Carlos González Martínez es profesor, activista y consultor en construcción de ciudadanía y elecciones.